MISIÓNMADRID

Lectio divina

"Auméntanos la fe"

Cuaresma 2013

ARZOBISPADO DE MADRID

MISIÓNMADRID

"Servidores y testigos de la Verdad"

Selección de textos y comentarios: Francisco Pérez

INDICE

Presentación ..... Pág. 3

Primera semana..... Pág. 9
Lucas 4, 1-13: *Las tentaciones de Jesús*

Segunda semana..... Pág. 17
Lucas 9, 28-36: *La transfiguración*

Tercera semana..... Pág. 25
Lucas 13, 1-9: *Necesidad de la conversión*

Cuarta semana..... Pág. 33
Lucas 15, 1-3. 11-32: *Parábola del hijo pródigo*

Quinta semana..... Pág. 43
Juan 8, 1-11: *La adúltera*

Oración..... Pag. 53

Presentación

La llegada de la Cuaresma, en el contexto de la Misión Madrid, pone ante nuestros ojos una dimensión fundamental de la fe y de la nueva evangelización. No podemos compartir la fe, ofrecer la fe, llamar a la fe, sin empezar por cuestionar la calidad de nuestra propia fe, sin comenzar por un renovado proceso de conversión a la fe, en todas sus dimensiones: la fe creída, la fe celebrada, la fe ofrecida, y sobre todo, la fe vivida.

De los tres signos fundamentales de este proceso penitencial, renovador, que es la Cuaresma, – oración, ayuno y limosna –, el presente cuaderno pretende servir de ayuda al primero. La conversión, en efecto no puede brotar de un mero análisis de nuestra situación, ni de la comparación compungida de quiénes somos y cómo vivimos, con un ideal, por más bello e inspirador que éste resulte. La conversión parte siempre del amor de Dios, que nos dirige su Palabra, que nos llama: "Ven y sígueme". Es en la escucha de esta Palabra de Dios encarnada, que es Cristo, donde se liberan en el hombre sus mejores capacidades, y se hace así posible un verdadero y profundo cambio. Por eso, cultivar la oración, y una oración centrada en la contemplación de Cristo a partir de la lectura y meditación del texto bíblico, es el principio y el alimento de este proceso de cambio que queremos emprender en Cuaresma, y es el presupuesto básico de la nueva evangelización. En la oración iremos encontrando no sólo la luz para saber de qué necesitamos ayunar, qué sobra y estorba en nuestra vida, qué obstaculiza nuestra relación con el Señor, sino también las fuerzas para afrontar esas renuncias, llenos de esperanza y de ver-

dadero amor a Dios. En la oración crecerá nuestro deseo de compartir cuanto somos y tenemos, desde lo más material y primario, a los dones más preciados, y en especial ese don sagrado que es nuestra propia fe.

Como con tanta insistencia pide el Santo Padre y con perseverancia viene proponiendo la Archidiócesis de Madrid, este material ofrece una guía para la oración cuaresmal con el método conocido como *Lectio Divina*. Proponemos, pues, una lectura atenta de cada pasaje, que luego se abra a la meditación de lo que hoy Dios nos dice por medio del texto sagrado, para entrar así en un diálogo de oración con Él que desemboque en el silencio de la contemplación de Cristo, momento éste en que todo culmina, y donde la gracia del Espíritu Santo transforma los corazones llenándolos de amor de Dios.

Es muy de desear que esta oración, que es siempre personal, se pueda realizar también en comunidad, en las iglesias y grupos de nuestras parroquias, conventos, movimientos y comunidades. En vista de esta oración común, que no por ello ha de perder su índole de silenciosa acogida y diálogo personal con Dios, proponemos también la realización de una *collatio* o breve puesta en común, en que los hermanos puedan compartir las riquezas de lo que el Señor sugiere a cada participante, para la edificación de todos.

Del mismo modo ofrecemos, a modo de sugerencia, alguna pista práctica para que la oración nos abra al cambio de nuestras vidas, que es la verificación práctica de la sinceridad de nuestro encuentro con Dios. Y como ante Dios el creyente nunca está solo, sino en ese misterio de comunión para la misión que llamamos Iglesia, proponemos también algún breve texto, en que maestros de la gran Tradición, nos oriente en la escucha e interpretación de la Palabra de Dios

Los textos propuestos, a sugerencia de quienes han utilizado materiales análogos anteriormente publicados, son los de los evangelios dominicales de Cuaresma en este ciclo C. Siempre están tomados de la versión oficial que recientemente nos ha ofrecido la Conferencia Episcopal Española.

Que María, estrella de la evangelización, a quien nos gusta invocar en Madrid como la Virgen de la Almudena, nos lleve de la mano hacia Cristo y sea nuestra maestra de oración. Ella, que antes de correr al servicio de su prima, escuchó la palabra del ángel y cambió radicalmente su vida, poniéndola a su servicio, nos guíe en este camino orante, de conversión sincera, que es el primer y fundamental paso de toda Misión.

Lucas 4, 1-13: *Las tentaciones de Jesús*

Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y el Espíritu lo fue llevando durante cuarenta días por el desierto, mientras era tentado por el diablo. En todos aquellos días estuvo sin comer y, al final, sintió hambre.

Entonces el diablo le dijo: «Si eres el Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan». Jesús le contestó: «Está escrito: "No solo de pan vive el hombre"».

Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo y le dijo: «Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me ha sido dado, y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo». Respondiendo Jesús, le dijo: «Está escrito: "Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto"».

Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del templo y le dijo: «Si eres el Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: "Dará órdenes a sus ángeles acerca de ti, para que te cuiden", y también "Te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece contra ninguna piedra"». Respondiendo Jesús, le dijo: «Está escrito: "No tentarás al Señor, tu Dios"».

Acabada toda tentación, el demonio se marchó hasta otra ocasión.

Lectio: ¿Qué dice este texto?

Notas:

El desierto: Israel hubo de atravesar el desierto antes de ver cumplida la promesa de poseer la Tierra Prometida. Allí se fraguó como Pueblo de Dios, carente de todo, salvo de Su presencia, a través de diversas pruebas. Allí aprendieron que todo podían esperarlo de Él, y que ellos con frecuencia eran infieles y descreídos. El desierto es también visto como lugar de los peligros y de los malos espíritus, donde acecha el mal. En tiempos de Jesús, numerosos sacerdotes se habían retirado al desierto buscando una vida no contaminada por el pecado, donde preparar en fidelidad a la Alianza la llegada del Mesías. Eran los esenios del monasterio de Qumrán, con los que quizá estuvo relacionado el sacerdote Juan Bautista, el gran profeta. Y al desierto se retiró Jesús.

Cuarenta días: Cuarenta días y cuarenta noches, llovió sobre la tierra cuando el Diluvio, como cuarenta fueron los años del Éxodo, cuarenta días ayunó Moisés en el Monte Santo y cuarenta días caminó Elías por el desierto hasta la cueva del monte Horeb. Así este número está ligado a la destrucción de la tentación y del pecado y a la purificación que prepara para la manifestación de Dios.

Meditatio: ¿Qué me dice este texto hoy?

Jesús es **llevado al desierto por el Espíritu Santo**. La prueba forma parte del plan de Dios. Parece sorprendente, pero también Jesús ha de pasar por la prueba, y por la tentación, como nosotros, para poder cumplir su misión. Viendo como se enfrenta él a la tentación y como la vence, podemos nosotros recibir mucha luz en nuestras propias luchas contra el mal.

Mientras estuvo en Nazaret, con los suyos, aún no era el tiempo de la prueba. Como para Jesús, también para nosotros, **la prueba es más intensa cuando estamos a solas**, enfrentados con nuestras carencias y con la desnudez de nuestra propia verdad. Por eso es en el desierto, en el retiro y la soledad ante Dios, donde se fraguan los verdaderos seguidores de Cristo, los servidores del Reino. En la dura lucha contra la seducción del mal se fraguan los apóstoles.

Un falso pan que es en realidad una piedra, y una Palabra que alimenta más que el pan. A la obsesión por asegurar la existencia se contrapone la confianza y la obediencia al Señor. Dejándose llevar por el Espíritu, Jesús ha ayunado, se ha ido quedando humanamente sin reservas, y es entonces cuando cobra fuerza la tentación.

Asegurarse el pan. Usar para servicio propio su poder de Hijo de Dios. En la última tentación, en la cruz, de nuevo gritarán a Jesús: "Si eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo". Pero el alimento de Jesús es "hacer la voluntad del Padre". ¿Cuáles son mis prioridades, qué busco yo sobre todo en la vida? ¿Cómo afronto la debilidad y el peligro? ¿Es conocer y cumplir la voluntad del Padre el deseo dominante de mi vida? ¿Es mi alimento principal su Palabra, verdadera fuente de vida? Necesito aprender de nuevo y repetir de corazón la oración del Señor: "el pan nuestro de cada día, dánosle hoy", Padre Dios.

Basta un momento para que el diablo muestre **todos los reinos de la tierra**. Un vistazo rápido puede deslumbrar con el brillo del poder y la gloria. El diablo se los atribuye, y los ofrece a quien se postra a sus pies. Pero si los supuestos panes eran piedras, toda esta brillantez no es más que tiniebla. Luz de neón y apariencia. Nada. Solo a Dios pertenecen el poder y la gloria, y a los pies del tentador solo hay humillación y esclavitud. Es fácil llegar a adorar al Maligno a cambio de poder terrenal, y los ejemplos no faltan en ninguna época. ¿Me dejaré yo deslumbrar por sus fuegos fatuos?

Como antes, Jesús responde citando la Escritura. Ella es la guía segura para no caer en las trampas del enemigo. Ella es la maestra de quien quiere escuchar a Dios y ponerse solo a su servicio. De quien, postrado solo a los pies del Padre, repite "venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo".

De lo más alto, a lo más bajo. **Tirarse desde el alero**, el punto más alto del templo, hasta caer a lo más bajo, es la tercera tentación. El Tentador quiere destruir al Hijo en la misma Casa de Dios. Y lo hace manipulando aún la misma Escritura. No toda lectura de la Biblia da luz, sino aquella que se hace en el Espíritu con que fue escrita. Guiados por el mal espíritu, podemos también engañar y engañarnos, y hacer de la Escritura, un arma, una excusa, una fuerza de manipulación. Es necesario leerla y escucharla guiados por el mismo Espíritu que la ha inspirado, en el seno de la misma Iglesia en que ha visto la luz. Una falsa seguridad, supuestamente basada en la Escritura y en la protección angélica, hubiera terminado con la vida y la misión de Jesús.

Pero Jesús, lleno del Espíritu, sabe que el hombre nunca debe tentar a su Dios. ¿Con qué respeto y con qué guía me acerco yo a la Palabra Santa, para que sea ella mi luz y mi guía y no causa de

confusión? ¿Me voy formando en la escucha de la Iglesia, para aprender a interpretar la Escritura, de modo que sea ella mi fortaleza frente a todas las tentaciones y evitar así caer fácilmente en el error? En la escuela de su Palabra, aprendo a decir con verdad: "santificado sea tu Nombre".

Vencido y derrotado **se aleja el Tentador**, pero no está resignado. Deja a Jesús hasta que llegue el momento. Tampoco para mi termina nunca la lucha. El Tentador no levanta el asedio. Oremos a nuestro Padre para que, alimentándonos con su Palabra, "no nos deje caer en la tentación" y nos libre del Maligno.

Oratio: ¿Qué le digo yo al Señor en respuesta?

Dialoga ahora con el Señor, que ha querido participar en tus luchas, afrontar contigo tus pruebas, fraguarse en tu mismo fuego. Dialoga con él sobre lo que buscas, lo que temes, lo que necesitas. Dialoga con él sobre los engaños, sobre los poderes, sobre el cielo y el suelo. Y aprendiendo de él a leer la Escritura, fiel a sus palabras, reza el **Padrenuestro**.

Contemplatio: El Evangelio está vivo en mi interior

Tras escuchar su palabra y dirigirle la tuya, quédate ahora junto al Señor en silencio. **Repasa el relato bíblico como si lo estuvieras viendo.**

Contempla **el desierto** tan grande, tan vacío, tan sediento. Mira como, sobre una peña, ora Cristo en el desierto. Los días, las noches, los ayunos, y el Señor tranquilo y quieto. Mira **su rostro**, fíjate en la serenidad de su oración, y en los surcos que el hambre va abriendo. El Santo, lleno del Espíritu, va a ser tentado en el desierto.

¿Con qué rostro se presenta el diablo? ¿Cómo se disfraza para su asalto al Maestro? Mira **los rostros con que el diablo te engaña**, te tienta, se enmascara para salirte al encuentro.

Panes y piedras, reinos y glorias y espectáculo en el Templo. Cómo engaña y manipula, para frenar la llegada del Reino. Si el Padre engendra y da vida al Hijo, el diablo quiere matarlo y detenerlo.

Mira como Jesús orante, atacado por el enemigo, no pierde la serenidad, no le escucha, no entra en sus razonamientos. Y a cada dardo venenoso, contesta **citando la Escritura**. Hace callar la palabra del Tentador recordando la Palabra de Dios.

No es infrecuente que la tentación se presente precisamente en los momentos de oración, buscando frenar nuestro diálogo con el Padre y así frustrar la obra que Él quiere realizar en nosotros y a través nuestro. Mira entonces a Jesús, que no pierde la calma y que acallando esas voces con la voz de la Palabra, es para nosotros Maestro.

El diablo **se aleja hasta un mejor momento**. Jesús no queda libre de sus ataques, pero no le tiene miedo. No se ha dejado frenar y comenzará ahora su ministerio. Mírale caminar decidido, y también tú, fiel a Cristo, libérate de todo miedo.

Para compartir. *Collatio:* ¿Qué digo a mis hermanos?

Cuando, como es deseable, la Lectio Divina *se practica en grupo, el que guía la oración común puede, en este momento, invitar a los participantes a compartir alguna de sus reflexiones, de las sugerencias que el Señor les ha suscitado en este encuentro, o de las oraciones que ellos le han presentado. De este modo la oración de los unos enriquece a los otros y muestra más claramente su carácter siempre eclesial.*

Para cambiar de vida. *Actio:* ¿Y a partir de ahora qué voy a hacer?

Si el propio Jesús se retira nada menos que cuarenta días, ¿necesitaré yo menos? ¿Cuándo fue la última vez que participé en unos **Ejercicios Espirituales**? ¿Será ahora el momento?

En la tentación, no dejarme vencer por el miedo. Necesito aprender el difícil arte del discernimiento. Para no dejarme llevar por espejismos, ni malinterpretar la Palabra, necesito de un maestro. ¿Tengo **un director espiritual**, un hermano mayor que me ayude a recorrer este camino y aprender a elegir lo que es bueno?

La Palabra de Dios en el seno de su Iglesia

La virtud no se alimenta con pan, ni con carnes lo pasa bien el alma y engorda. Con otros manjares se desarrolla la vida sublime y crece. La nutrición del bueno es la castidad; el pan, la sabiduría; la comida, la justicia; la bebida, la firmeza; la delectación, la ciencia. (San Gregorio)

Se preguntará cómo ese precepto de servir sólo a Dios puede conciliarse con las palabras del Apóstol, que dice: "Tened un culto de caridad los unos para los otros" (Ga 5,13); pero en el griego dulía *significa un culto común -esto es, tributado ya a Dios, ya al hombre-;* latría *se llama el culto que es debido a la divinidad. Por lo tanto, por la caridad somos exhortados a servirnos los unos a los otros, lo que en griego se llama* dulía *y somos exhortados a servir sólo a Dios, lo que en griego se llama* latría*: por lo que se dice: "Y a Él solo servirás".* (San Beda)

Verdaderamente que es voz diabólica la que así quiere precipitar al hombre de la altura de sus méritos, al mismo tiempo que nos revela su impotencia y su malicia; porque a ninguno puede dañar, si él mismo no se precipita. Pues el que prefiere las cosas de la tierra a las del cielo, cae voluntariamente como en un precipicio, con peligro de su vida. Se trasfigura a veces Satanás en ángel de luz, y se sirve de las Sagradas Escrituras para preparar emboscadas a los fieles, y dice: "Pues está escrito que...". [...] Así que no te dejes engañar por los herejes, que pueden citar algunos testimonios de las Escrituras; pues también el diablo se sirve de testimonios de las Escrituras, no para enseñar, sino para engañar. (San Ambrosio)

Lucas 9, 28-36: *La transfiguración*

En aquel tiempo tomó Jesús a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto del monte para orar.

Y mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos brillaban de resplandor. De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su éxodo, que él iba a consumar en Jerusalén.

Pedro y sus compañeros se caían de sueño, pero se espabilaron y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban de él, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». No sabía lo que decía.

Todavía estaba diciendo esto, cuando llegó una nube que los cubrió con su sombra. Se llenaron de temor al entrar en la nube. Y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo». Después de oírse la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por aquellos días, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

Lectio: ¿Qué dice este texto?

Notas:

La montaña. Jesús se retira con frecuencia a orar, durante la noche, o al amanecer- Se retira a lugares desiertos o al Huerto. O como hoy, sube a la montaña. La montaña, lugar elevado, es un símbolo de la cercanía de Dios, de la revelación. Recordemos el monte donde Dios se reveló a Moisés en el Sinaí, o el monte desde el que, según san Mateo, Jesús predicó las bienaventuranzas.

La nube. En la misma escena del Sinaí, Dios habla, en la cima del monte, desde la nube, desde la tormenta. Nube que acompaña al pueblo en su caminar, dándoles sombra durante el día y como columna de fuego que les guía, durante la noche. Símbolo de la presencia de Dios en medio de su pueblo, la nube estará presente no solo en la tienda, sino también, luego, en el Templo. Esta es la nube desde la que se escucha la voz del Padre Dios.

Meditatio: ¿Qué me dice este texto hoy?

Jesús sube al monte a orar y lleva a algunos discípulos consigo. **Compartir la oración de Jesús**, entrar en la intimidad de Jesús. Su relación con el Padre es única, él es el Hijo único de Dios, pero ha venido, se ha unido a nosotros, para que todos los hombres renazcan como hijos. Podemos participar a nuestro modo de la comunión profunda del Padre y el Hijo uniéndonos a él, respondiendo a su llamada, siguiéndole por la fe, llevados por su Espíritu.

La Transfiguración, cuenta san Lucas, ocurre durante la oración de Jesús. No es una especie de show que él realiza ante los discípulos. Es una experiencia interior de Cristo, de la que **ellos son testigos.** Para contemplar la luz de su rostro, es necesario subir al monte con Cristo. También tú eres hoy invitado a subir al monte y contemplar a Cristo. Es un inmenso regalo de su amor, que te invita a un momento privilegiado de revelación de su misterio y su camino. Eres testigo de la luz, de la gloria de Cristo, que se revelará plenamente en su cruz y resurrección a las afueras de Jerusalén. Quizá **también tú** has tenido algún momento especialmente "luminoso" en tu vida, o quizá te sea concedido hoy mismo, durante esta oración, en este momento.

Jesús, orando, recibe luz del Padre y es más que nunca él mismo. **Esta luz iluminará su camino,** que a partir de ahora se dirige ya decididamente hacia Jerusalén. Hacia la misión. Hacia la cruz. Y hacia la gloria resucitada que el blanco de sus vestidos anticipa.

Moisés y Elías representan a "la Ley y los Profetas", todo el largo camino de Dios en medio de los hombres, que desemboca en la Encarnación de su Hijo. **Las promesas de Dios**. Jesús descubre, en diálogo con la Escritura, que su vida y su entrega son el cumplimiento de las antiguas promesas. Y es que todo el Antiguo Testamento halla en Cristo su cumplimiento. Para aprender a interpretarlo es necesario mirar a Cristo.

En Moisés y Elías resuenan también todos **los legítimos anhelos de la humanidad**. En Jesús, en su entrega en Jerusalén, todas las esperanzas del hombre hallan respuesta. Él es la plenitud del amor de Dios por los hombres, en el don extremo de la cruz. ¿Qué eco tienen en ti las antiguas promesas?¿Tú que buscas, que necesitas, que esperas?

Jesús se comprende a sí mismo **en diálogo con las Escrituras y abraza así su vocación**. ¿Lees tú las Escrituras? También tú tienes necesidad de este diálogo, de esta familiaridad con la Santa Biblia, para descubrir y abrazar el proyecto que tiene Dios para ti.

Pedro y los otros estaban medio dormidos, y es necesario estar muy despiertos. Otro día se lo dirá Jesús: "Velad y orad para no caer en tentación". Contemplar a Cristo y seguir su camino, exigen **lucidez y discernimiento.** Pedro propone hacer tres tiendas… sin saber bien lo que decía. A veces confundimos nuestras ideas, buenas y generosas, con el plan de Dios. Hacemos planes y proyectos muy creativos, y ponemos en ellos toda nuestra ilusión y fuerza. Pero ¡cuidado!, si han nacido de nosotros mismos, y no de la escucha atenta de Cristo. En ese caso, aunque nos parezcan desinteresados, como las tres tiendas de Pedro, es fácil que no sean más que egocentrismo (¡qué bien estamos aquí!), y un obstáculo que nos distraiga de escuchar y seguir la voluntad del Señor. El obrar cristiano ha de ser colaboración con el obrar de Cristo. Cuanto no nace de la oración y de la escucha atenta, fácilmente será puro activismo, y no un obrar en el nombre del Señor.

Este es mi Hijo, escuchadlo. A contemplar y a escuchar. nos llama la voz del cielo. No debemos, como Pedro, explicarle al Señor nuestros planes, sino, como verdaderos discípulos, contemplarle y escucharle, dejar que sea él nuestro Maestro. El Padre revela al Hijo. Lo nuestro es el seguimiento.

Oratio: ¿Qué le digo yo al Señor en respuesta?

Entra ahora en diálogo con el Señor, que te ha invitado a subir con él al monte, que te ha concedido ser testigo de este acontecimiento central de su vida, ser testigo de su gloria y su misterio.

Y dale las gracias de todo corazón. La oración es antes que nada un don de Dios, que estás recibiendo en este preciso momento. Acógelo con agradecimiento.

Y pide al Señor su luz. Para conocerle cada vez con más hondura. Para escucharle como a tu Maestro. Y para orientar tus pasos, no según tus ocurrencias, sino siguiéndole por el camino de su Reino.

Puedes concluir este diálogo repitiendo aquella antigua oración, centrada en la humanidad del Señor, que tanto inspiraba a San Ignacio de Loyola:

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.
¡Oh, buen Jesús, óyeme!
Dentro de tus llagas escóndeme.

No permitas que me aparte de Ti.
Del Maligno enemigo defiéndeme.
En la hora de mi muerte, llámame,
y mándame ir a Ti,
para que con tus santos te alabe
por los siglos de los siglos. Amén.

Contemplatio: El Evangelio está vivo en mi interior

Leamos nuevamente, poco a poco, el pasaje evangélico, de modo que, como si estuviéramos presentes, podamos contemplar con calma todos los detalles. Fíjate en los rostros: el de Jesús cuando los invita, el de los discípulos que suben al monte. ¿Cómo los llama? ¿Cómo responden?

Mira a Jesús que ora. Observa, como los discípulos, el silencio profundo del Maestro. Y contempla, sorprendido, el cambio que se está produciendo. La luz de Dios cambia su rostro. Sus vestidos resplandecen. Fíjate bien en este rostro, que es el suyo, pero ahora transfigurado. En la hondura de su oración al Padre, Jesús es más él mismo que nunca. Y te admite a contemplar el misterio.

Observa las figuras venerables de Moisés y Elías que dialogan con el Maestro. Capta el tono de sus voces. Hablan de la Pascua de Cristo. Siempre han hablado de esto.

No pierdas la ocasión de fijarte en Pedro, que habla cuando debiera escuchar, porque tenemos que aprender mucho de él. Y, sintiéndote junto a él en la nube, escucha una voz como un trueno. El Padre que te dice, precisamente a ti, precisamente hoy: "Escuchadle, este es mi Hijo amado, mi predilecto".

Para compartir. *Collatio:* ¿Qué digo a mis hermanos?

Cuando, como es deseable, la Lectio Divina *se practica en grupo, el que guía la oración común puede, en este momento, invitar a los participantes a compartir alguna de sus reflexiones, de las sugerencias que el Señor les ha suscitado en este encuentro, o de las oraciones que ellos le han presentado. De este modo la oración de los unos enriquece a los otros y muestra más claramente su carácter siempre eclesial.*

Para cambiar de vida. *Actio:* ¿Y a partir de ahora qué voy a hacer?

Jesús que me invita a subir con él al monte. La voz del Padre que pide que contemplemos y escuchemos al Maestro. ¿Cuánto tiempo le dedico yo a la oración, a la adoración eucarística, a la meditación de la Palabra? ¿No será ésta la base que necesito para no actuar a tontas y a locas, sino como verdadero colaborador y fiel apóstol del Reino? ¡Hoy es un buen día para tomar decisiones al respecto!

La Palabra de Dios en el seno de su Iglesia

No te conviene, Pedro, que Cristo permanezca allí.
Porque entonces no hubiese podido cumplirte lo que te había ofrecido,
ni hubieses podido obtener las llaves del reino de los cielos,
ni habría derrotado la tiranía de la muerte. No busques antes de tiempo la felicidad,
como Adán el ser igual a Dios. Ya vendrá el día en que contemples
sin cesar ese semblante y habites con Aquel que es la luz y la vida.
(San Juan Damasceno)

Lucas 13,1-9: *Necesidad de la conversión*

En aquel momento se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús respondió: «¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos porque han padecido todo esto? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. O aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre de Siloé y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera».

Y les dijo esta parábola: «Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: "Ya ves, tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córtala. ¿Para qué va a perjudicar el terreno?". Pero el viñador respondió: "Señor, déjala todavía este año y mientras tanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto en adelante. Si no, la puedes cortar"».

Lectio: ¿Qué dice este texto?

Notas

Jesús toma pie de las **noticias del día**, como tantas veces, trágicas, para lanzar una llamada perentoria a la **conversión personal**. Es fácil escandalizarse de las cosas que pasan a nuestro alrededor, pero hemos de aprender de Jesús, a leerlas como llamada personal que Dios nos dirige.

Llama la atención que, siendo Jesús galileo, no entre a defender a sus paisanos ni a criticar al cruel gobernador romano. Más bien los vincula al accidente que acaba de costar la vida a dieciocho personas en Jerusalén, para centrar la atención no en estos hechos, sino en la necesidad de conversión. Lo que interesa a Jesús es urgir un verdadero arrepentimiento de su auditorio. Así muestra el evangelista cuales son las verdaderas prioridades y puntos de vista de Jesús.

De estos hechos toma pie Jesús para ofrecer, en la parábola, una llamada urgente a **la conversión del mismo pueblo de Dios.** Como se ha concedido a la higuera una última oportunidad, así sigue vigente la invitación de Jesús al arrepentimiento durante el corto periodo de paciente gracia, que precede al definitivo juicio de Dios. Es nuestra última oportunidad.

Meditatio: ¿Qué me dice este texto hoy?

"Algo habrá hecho". Así respondían algunos, cínicamente, cuando el terrorismo asesinaba, hace unos años, a algún policía, militar o simple ciudadano. Sin llegar a esos extremos, muchas veces

pensamos que cuando a las personas les va mal o les ocurren desgracias, de algún modo se las han buscado, por no comportarse bien. Y de modo muy generalizado, tendemos a ver a los demás, a los que son diferentes a nosotros, como gente de poco fiar, gente de cuidado, mala gente.

Jesús nos abre los ojos en el evangelio de hoy. "¿Creéis que ellos eran más pecadores que los demás, porque les han sucedido estas desgracias? Os digo que no". Una vez más resuena aquí la llamada insistente de Jesús a no juzgar al prójimo, y a quitar primero la viga del ojo propio antes de fijarme tanto en la paja del ajeno. A reconocer que todos somos pecadores, los enfermos que Jesús ha venido a sanar, las ovejas perdidas que él ha venido a buscar. Todos, y cada uno. También yo. Y también tú.

Ellos no son más pecadores que sus vecinos, dice Jesús. Y se dirige entonces directamente a nosotros, los que le escuchamos: "si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera". ¿A dónde vamos a parar? decimos a veces escandalizándonos de los errores ajenos. Al desastre, advierte Jesús, refiriéndose a nuestros propios pecados. ¡Es necesario reaccionar! Nuestra vida de pecado nos conduce a un fin trágico, a una muerte segura.

Tanto los galileos asesinados como las víctimas del accidente, murieron inesperada y tempranamente. No de muerte natural tras una serena ancianidad. Jesús quiere poner ante nuestros ojos estas muertes, especialmente duras, incomprensibles, chocantes, **para que reaccionemos**. No son más pecadores que nadie, los que así mueren. Pero nosotros hemos de espabilar. La vida es corta y es frágil. Nadie sabe si, como dice el propio san Lucas (12,20) acaso "esta misma noche" Dios puede "reclamarnos la vida" y someterla al examen de la definitiva verdad.

Jesús no pretende asustarnos. Pasajes como este son incómodos de meditar, porque a menudo los tomamos como una amenaza, y nos parece que no corresponden con un Dios que es misericordia y amor. **Jesús no pretende asustarnos, sino ayudarnos a mirar la realidad.** Abrirnos a la verdad. Cuando confundimos la misericordia divina con un "mirar para otro lado"; cuando vemos al Padre del cielo como una especie de maestro bonachón, dispuesto a dar, después de todo, un aprobado general, estamos haciendo una caricatura de la misericordia de Dios. A veces pasamos de aquella imagen terrible del Dios barbudo que nos amenaza con su ira y de cuyo ojo no podemos, bien que quisiéramos, escapar, a otra mucho menos bíblica y menos seria, de un Dios disfrazado con unas barbas bien distintas, una especie de Papá Noel bobalicón que a todo lo que hacen sus niños, responde siempre con un insulso "Jo, jo, jo". Y hacemos una nueva caricatura de Dios. Y hacemos una gran injusticia a las víctimas, cuya sangre, como la de Caín, clama justicia ante el único que puede al fin ofrecerla, ante Dios. Jesús no ha venido a asustarnos, sino a anunciarnos que, para todos los hombres, para todos los pecadores, es posible hallar salvación. Necesitamos abrir los ojos, darnos cuenta de la gravedad de nuestra situación de pecado, convertirnos a él, para que él nos pueda dar su salvación. En esta página, como siempre, Jesús anuncia el auténtico evangelio, al que se accede por medio de la conversión.

La parábola de la higuera pone ante nosotros la paciencia de Dios. Para Dios todo tiene su tiempo, como para el dueño de la viña, que durante tres años, esperó. Dios no se apresura, como nosotros, que a veces no sabemos respetar los procesos de las personas, la maduración, el momento oportuno... Incluso más allá de lo que sería razonable, la paciencia de Dios aguarda un año más, a petición del viñador. Dios no quiere la tala, sino que quiere el fruto. Dios quiere la salvación. Aunque sabe que la higuera que no da fruto, perjudica a la tierra, que el pecador

que no se convierte, está dañando a sus hermanos con su mal ejemplo, y que muchos se escandalizan ante esta aparente permisividad del mal por parte de Dios.

La paciencia de Dios no es indiferencia pasiva, y desde luego no consiste en dejar correr el tiempo, sino que es una paciencia activa: el Siervo de Dios "trabaja" para mover al pecador a la conversión. El viñador cava alrededor y abona el suelo, trabaja para ayudar al árbol a fructificar. Y del mismo modo en nuestra vida, a veces los sufrimientos con que se socaban nuestras seguridades y el estiércol de nuestras propias inmundicias, son aprovechados por la misericordia de Dios para que reaccionemos y demos por fin frutos de conversión.

Este es el tiempo. El de la paciencia activa de Dios. El tiempo en que trabaja Cristo para movernos a la conversión. Esta cuaresma, estos días, son el momento oportuno para que cada uno de nosotros abra los ojos y vea como el pecado amenaza su vida. El momento de convertirnos a Cristo, de acercarnos humildemente a confesar nuestros pecados y recibir el perdón de Dios.

Oratio: ¿Qué le digo yo al Señor en respuesta?

Viendo como el Señor me urge a dejar de juzgar al prójimo y comenzar a reconocer mi propio pecado, descubro la esperanza de la vida nueva que nace del perdón de Dios.

Quizá sea éste un buen día para que mi oración consista en celebrar el sacramento del perdón. Un buen día para volver a decir ante el Señor:

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito, limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación.
Enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.

Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

Contemplatio: El Evangelio está vivo en mi interior

Contempla los acontecimientos que narra el evangelio: la matanza, el accidente... y la historia que narra la parábola. Contémplalos no como la gente, sino como los contempla Cristo. Y contempla los acontecimientos de nuestros días, las noticias que nos sobresaltan, los acontecimientos que están ocurriendo. ¿Qué te dice el Señor a través de ellos? ¿Qué quiere que descubras cuando los mirar a su luz, con sus ojos?

Contempla sobre todo el rostro de Cristo cuando habla a aquellas gentes, cuando te mira para dirigirte precisamente a ti esta parábola. Pregúntate ¿qué quiere hoy de mi Jesucristo?

Para compartir. *Collatio:* ¿Qué digo a mis hermanos?

Cuando, como es deseable, la Lectio Divina *se practica en grupo, el que guía la oración común puede, en este momento, invitar a los participantes a compartir alguna de sus reflexiones, de las sugerencias que el Señor les ha suscitado en este encuentro, o de las oraciones que ellos le han presentado. De este modo la oración de los unos enriquece a los otros y muestra más claramente su carácter siempre eclesial.*

Para cambiar de vida. *Actio*: ¿Y a partir de ahora qué voy a hacer?

Una nueva manera de mirar a las personas y a los acontecimientos. Sin juicios. Sin escándalos. Sin miedos. Aprender a mirar lo que ocurre buscando en todo el lenguaje de Cristo, aprendiendo a leer "los signos de los tiempos".

No puedo seguir dilatando mi respuesta a Cristo. Estoy malgastando el tiempo. Tiempo precioso que necesito para dar mucho fruto. Necesito decidirme hoy a vivir en su gracia, a acudir, penitente y esperanzado, a su encuentro.

La Palabra de Dios en el seno de su Iglesia

No nos apresuremos a herir, sino dejemos crecer por misericordia;
no sea que cortemos la higuera que aún puede dar fruto y que aún puede curar
el celo de su inteligente cultivador. (San Gregorio Nacianceno)

Dios Padre es dueño de la viña. El cultivador es Jesucristo,
que no permite cortar la higuera estéril, como diciendo al Padre:
Aun cuando no han dado fruto de penitencia por la ley y los profetas yo los regaré
con mis tormentos y mis enseñanzas
y acaso darán fruto de obediencia.
(Teofilacto)

Lucas 15, 1-3. 11-32: *Parábola del hijo pródigo*

Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos».

Jesús les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna". El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada.

Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros".

Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo".

Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado". Y empezaron a celebrar el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Éste le contestó: "Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud". Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: "Mira: en tantos año como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado". Él le dijo: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado"».

Lectio: ¿Qué dice este texto?

Notas:

La misericordia. Está Jesús explicando a escribas y fariseos, por qué se rodea de publicanos y pecadores y los acoge. Y lo hace con tres parábolas, que expresan la misericordia de Dios. Leemos hoy la tercera. Jesús se presenta así, como el que ejerce la misericordia de Dios, como la presencia misma de la misericordia de Dios entre los hombres. Y como alguien que, dada su relación tan especial con el Padre, no puede sino tener misericordia de los pecadores. Jesús, fiel al Padre, no ama a los hombres y se acerca a ellos porque ellos se lo han ganado, convirtiéndose de pecadores en justos. Como dice la Escritura, cuando aún estábamos en nuestros pecados, él nos amó primero. Y es precisamente ese amor, ese acercamiento de Jesús, su misericordia, lo que hará posible el cambio del pecador. Es el amor de Dios el que nos sana, no nuestra salud la que atrae el amor de Dios.

La herencia. En la cultura judía de la época, pedir la herencia en vida del padre era una inmensa ofensa, que equivale a decir: muérete, para que yo herede, no puedo esperar más, estoy impaciente porque te mueras. Equivale a matar al padre, a romper totalmente la relación. Ningún padre está obligado a acceder a una petición de este tipo.

Meditatio: ¿Qué me dice este texto hoy?

El hijo menor se marcha: quiere disfrutar las ventajas de su filiación, sin asumir las responsabilidades, sin compartir la vida familiar, sin valorar lo que tienen de don inmerecido. Es la impaciencia del disfrute, aquí y ahora, de los beneficios del amor ajeno. Disfrutar del amor del padre, desligándose de la relación de amor, del compartir la vida, del don recíproco, del agradecimiento.

Su actitud refleja muy bien la de nuestro mundo moderno, que quiere gozar de la vida, de los bienes de la Creación, del propio cuerpo, de los demás, pero sin referencia al Padre, al Creador. Se ha dicho que Dios ha muerto en nuestro mundo, y algunos de los pensadores que inspiran la mentalidad contemporánea (Freud, Nietzsche, Marx...) proclaman la negación de Dios como condición para que el hombre sea libre, grande y pleno. No se comprende a Dios como la fuente de nuestra felicidad y la relación con Él como una relación de amor, sino como un tutor posesivo que nos mantiene atados y subyugados.

¿Es posible que, en alguna media, los mismos creyentes participemos de esa mentalidad? ¿No vivimos a veces una huida de Dios, queriendo amoldarle a nuestros esquemas, queriendo aguar sus exigencias, poniéndole en un lugar en que no nos moleste demasiado? Meditemos. ¿Tenemos una relación con Dios tan intensa, que nos permite vivir el gozo de ser hijos, sostenidos por el amor del Padre, llamados y ayudados a crecer por Él?

La lejanía del hijo y su regreso: El hijo agota a fondo la experiencia de su separación del padre. Disfruta a tope, pensando solo en sí mismo, en la satisfacción inmediata de sus deseos. Es la imagen perfecta del consumista, del hedonista postmoderno que dice querer disfrutar de todo

“mientras no dañe con ello, -dice-, a los demás”; aunque que en el fondo no se preocupa demasiado de los daños que efectivamente causa (a su padre, a su hermano, a aquellas prostitutas, a sí mismo, etc.) La libertad y la emancipación convertidas en excusa para una vida meramente instintiva, pulsional, no organizada por la razón y las decisiones de la voluntad, sino por las apetencias fugaces del momento. Una vida pre-humana, que lejos de humanizar y ayudar a la maduración de la persona y por tanto a su felicidad, resulta más bien animalesca. Un disfrute egoísta, insolidario, que excluye el amor, la generosidad, la entrega, el compromiso, e impide su crecimiento como persona.

Y así llega a la situación de la máxima penuria. Por falta de cálculo, de proyecto, de preparación para la vida. Las circunstancias externas, la sequía, no son sino el detonante. En el fondo, también mientras malgastaba sus recursos, estaba ya viviendo en medio de la aridez de su desierto interior, de su profunda insatisfacción, que le ha llevado a perseguir, a cualquier precio, los placeres de una vida vacía. ¿No reconocemos en esta situación del hijo pródigo, tantos rasgos de esta crisis actual que tanto nos aflige; crisis que mucho antes que económica es espiritual y de valores, es crisis de fe y huída de Dios?

Solo cuando las circunstancias le hacen enfrentarse con su situación, cuando se ve postrado, sin permiso ni para comer siquiera las algarrobas de los cerdos que cuida (y el cerdo es, no lo olvidemos, un animal impuro, un signo de la lejanía de Dios), el hijo menor reflexiona y comienza a darse cuenta de que, queriendo ganarlo todo, todo lo ha perdido. Está en una situación de muerte, de perdición.

¿No hay algo de esto en nuestro mundo, ecológicamente destrozado por nuestra mentalidad materialista, que busca a todo coste el disfrute inmediato y pre-racional, si no abiertamente irracional, de los bienes de la Creación? ¿No se llega a esta desesperación cuando vivimos totalmente al margen de la relación con Dios? ¿No son signos de deshumanización el progresivo desprecio por la vida de los débiles, los inmigrantes, los marginados, los aún no nacidos, los enfermos terminales, los minusválidos, los ancianos, etc.? ¿No lo son actual crisis financiera, la corrupción que nos sobresalta, la progresiva destrucción los derechos laborales, o la ridiculización sistemática y el debilitamiento de la familia? ¿Nos damos cuenta de lo alejados del Padre que vivimos? Como el hijo pródigo, que "volvió en sí mismo", necesitamos recapacitar y reconocer con dolor nuestra condición de pecadores.

Los motivos del hijo para regresar junto a su padre no son elevados e ideales, sino enormemente realistas. Se da cuenta de que alejado del padre, el mundo se ha vuelto hostil. Necesita regresar, para poder seguir viviendo. Pero no puede reclamar nada. Ni siquiera reclamar su condición de hijo, pues la ha roto. Solo puede implorar su misericordia; aspira a ser un jornalero. Aceptarlo, contratarlo, sería ya un gran gesto de generosidad del padre, que el hijo no merece.

El regreso del hijo a la casa del padre resulta sorprendente. El padre había ya mostrado una enorme capacidad de amor, de respeto a la libertad del hijo, de ausencia total de paternalismo, al acceder a dividir la herencia. Pero ahora, su misericordia se muestra plenamente. No se había quedado en tranquilo en casa, como si nada hubiera ocurrido. Ni se dedicó a cultivar un rencor ciego contra el hijo ingrato. Se dedica a subir al monte, a otear el esperado regreso del hijo perdido. Le espera, continuamente. Toda su ilusión es que, cuanto antes, el hijo agote su experiencia, vuelva en sí, reflexione y regrese. Y ahora, cuando finalmente le tiene de nuevo ante sus

ojos, le acoge sin reproches, sin dejarle siquiera que termine de expresar su pecado y su petición de acogida. Se lanza a besarle y festejarle. Es su gran día de felicidad.

Solo la experiencia previa del amor del padre, pude dar al hijo el coraje para regresar. Pero ahora, la acogida recibida supera toda expectativa razonable. Para el padre, este hijo estaba "perdido y ha sido hallado". No dice "se fue y ha regresado". Es el amor del padre el que le ha atraído, y le ha hecho pasar de la muerte a la vida: "estaba muerto y ahora vive".

¿He experimentado yo la desconcertante misericordia del Padre Dios? ¿Tengo el coraje de reconocer mis situaciones mortecinas, y confesarlas ante Dios para suplicar su perdón? ¿Aprovecho agradecido ese gran don que es el sacramento de la reconciliación, dejándome de una vez de excusas e ideologías, que son trampas que bloquean mi retorno a Dios? ¿Creo de verdad que aún las situaciones más oscuras, más "inconfesables", tienen salida y futuro junto al Padre misericordioso? Decídete. Nada impide que hoy vuelvas en ti mismo y te decidas a pedir perdón, a regresar hacia la casa de tu Padre.

Oratio: ¿Qué le digo yo al Señor en respuesta?

Dejemos que en el silencio, crezca en nosotros la admiración y la alegría por esta locura de la misericordia de Dios. Y surja una petición: Jesús, enséñanos a abrirnos a ti para que nos sanes, enséñanos a volver al Padre para que nos de la vida, enséñanos a acercarnos, como tú, a todas las miserias de nuestros hermanos para hacer posible su salud, su salvación. Enséñanos a ser verdaderos misioneros de la misericordia y el perdón del Señor.

Contemplatio: El Evangelio está vivo en mi interior

Repasa ahora imaginativamente la escena, mirando de un modo nuevo a los distintos personajes.

"Este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida". Es también la expresión de Dios Padre en la mañana de resurrección. El Hijo de Dios, que no ha cometido pecado, ha dejado la casa del Padre y venido a nuestro desierto, a vivir entre los pecadores. Ha pasado por todas nuestras penurias y cargado con nuestros pecados, hasta exclamar en la cruz: "Dios mío, por qué me has abandonado", haciendo suya toda nuestra lejanía de Dios. Y ahora regresa, llevando consigo a la humanidad redimida, para hacer posible nuestra reconciliación con Dios. Él ha muerto "por todos los hombres, para el perdón de los pecados", y ha resucitado "como el primogénito de muchos hermanos". Nuestro regreso al Padre es posible gracias a Jesucristo. Por la fe en Jesucristo, nuestro Señor.

Para compartir. *Collatio:* ¿Qué digo a mis hermanos?

Cuando, como es deseable, la Lectio Divina *se practica en grupo, el que guía la oración común puede, en este momento, invitar a los participantes a compartir alguna de sus reflexiones, de las sugerencias que el Señor les ha suscitado en este encuentro, o de las oraciones que ellos le han presentado. De este modo la oración de los unos enriquece a los otros y muestra más claramente su carácter siempre eclesial.*

Para cambiar de vida. *Actio:* ¿Y a partir de ahora qué voy a hacer?

No solo estamos llamados a retornar junto a Padre, sino a imitar su amor misericordioso. Estamos llamados a colaborar con el Padre en la obra de la reconciliación. Esa es nuestra vocación. Nadie es cristiano porque si, o para sí mismo. Cristo se nos ha manifestado, invitándonos a tomar parte en su misión. Queremos hacer presente la misericordia del Padre para con los hombres. Ser cristiano es unirse a Cristo en esta misión suya de acercar a los hombres a Dios.

Acoger, comprender, amar, perdonar, restaurar las situaciones de degradación humana que hay en nuestra sociedad. No se trata de condenas y reprimendas, sino de invitar y propiciar, de abrir cauces hacia la reconciliación, de ayudar a que las personas "vuelvan en sí", recapaciten, y tomen el camino hacia Dios. Los cristianos hemos de ser cauces para la paz. Promotores de humanización. Reconciliadores de desencuentros. Cuando hablamos de ser misioneros, estamos poniéndonos al servicio de los hombres, para restaurar en ellos la plena dignidad de los hijos de Dios.

A veces, como el hijo mayor, nos creemos justos y cumplidores, y despreciamos a quien está herido en su dignidad de hijo. Podemos bloquear el camino del retorno, en lugar de salir a su encuentro. El hijo mayor, ofendido, habla de "ese hijo tuyo", no reconoce la fraternidad. El padre le habla de "ese hermano tuyo", porque el Dios que restaura a sus hijos perdidos, quiere restaurar también una relación de verdaderos hermanos entre nosotros.

La Palabra de Dios en el seno de su Iglesia

El hijo se marchó a un país lejano. Se separó de Dios, no por el lugar,
pues Dios está en todas partes, sino por el afecto;
así huye el pecador de Dios y se pone lejos de Él. (San Juan Crisóstomo)

Muy oportunamente se dice que volvió en sí, porque se había separado de sí;
y el que vuelve a Dios, se vuelve a sí mismo,
como el que se separa de Jesucristo también se separa de sí. (San Ambrosio)

El Padre te sale al encuentro, pues, porque conoce lo que meditas
en lo secreto de tu alma; y aun cuando estés lejos sale a recibirte
para que nadie te detenga; te abraza también -al salir al encuentro
se indica la presciencia y al abrazar la clemencia- impulsado por su amor paternal
para levantar al que está caído y para encaminar hacia el cielo
al que, cargado por sus pecados, se encuentra postrado en la tierra. (San Ambrosio)

Juan 8, 1-11: *La adúltera*

Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?». Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo.

Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra». E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer en medio, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?». Ella contestó: «Ninguno, Señor». Jesús dijo: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más».

Lectio: ¿Qué dice este texto?

Notas:

El adulterio estaba fuertemente penado en el antiguo Israel, con pena de muerte tanto para el hombre como para la mujer, como vemos en Levítico 20,10 y Deuteronomio 22,22-24. No solo para la mujer, como se suele pensar, por ignorancia y a causa de los prejuicios ideológicos de nuestro tiempo. En el caso presente, puesto que se pide la lapidación, podría tratarse de una joven desposada pero aún no unida en matrimonio. Es también el supuesto en que se hubiera encontrado la Virgen María, si hubiera sido públicamente denunciada por José. Parece, con todo, que en la época de Jesús estas leyes no solían aplicarse con todo rigor.

Meditatio: ¿Qué me dice este texto hoy?

Jesús está en el templo, sentado, **enseñando a las gentes**. Como un maestro. Es el Maestro. San Juan nos lo ha presentado como el Verbo de Dios, que él mismo es Dios. Ahora Jesús habla a los hombres desde la casa de Dios.

Los escribas y fariseos quieren "comprometerlo para poder acusarlo" contraponiendo su enseñanza con la de Moisés. Saben que Jesús es proclive al perdón y quieren mostrarlo como opuesto a la Ley de Dios. Necesitamos revisarnos mucho en este punto. Demasiadas veces, entre nosotros, las palabras sirven, no para comunicarnos, sino para ponernos trampas, no para estrechar el amor, sino para agredir al prójimo. Nos parecemos demasiado a estos escribas y

fariseos que son el rostro del rigorismo y se oponen a la misericordiosa enseñanza del Señor.

Jesús escribe en la tierra. Se han propuesto muchas teorías sobre lo que Jesús podía dibujar o escribir en el suelo: los pecados de los presentes, la sentencia que iba a pronunciar, pasajes bíblicos sobre la justicia o sobre la misericordia, o simplemente garabatos para mostrarse imperturbable o para contener su enfado ante la malicia de los acusadores. El evangelista no lo aclara. Para él no es importante que conozcamos lo que ha escrito Jesús, sino lo que ha dicho y ha hecho. ¡Cuántas veces nos ocurre lo mismo! ¡nos fijamos en lo menos importante y en vez de centrar la atención en lo esencial! ¡Cuántas veces cogemos el rábano por las hojas, para no dejar que la Palabra de Dios nos toque dentro con su denuncia salvadora!

El que esté libre de pecado. Hay quien sugiere que la mujer era víctima de un complot del marido y los testigos para poder cogerla "in fraganti". En ese caso, faltaría rectitud en la denuncia y quedaría invalidado el proceso. Sería por eso que todos se van marchando en silencio. El juicio se resolvería entonces por incomparecencia de acusadores y testigos. Pero el evangelio no es una crónica antigua, es Palabra que el Señor nos dirige hoy. A ti y a mí. A nosotros, que tampoco estamos libres de pecado. Que nos hacemos acusadores de nuestros hermanos, en vez de seguir el ejemplo de Jesús. A ti y a mí que somos merecedores del reproche divino y en su lugar hemos sido agraciados con la misericordia del Señor. Sólo Jesús está "libre de pecado", y en vez de condenarnos, ¡ha venido a traernos el perdón! ¿Con qué mirada contemplo las debilidades ajenas? ¿Estoy del lado de los acusadores, o de la misericordia divina? ¿Cómo miro yo al Señor?

Yo no te condeno. Anda y no peques más. Como en Juan 5,14, cuando, tras curar al paralítico, le dice: "estás curado, no peques más, para que no te ocurra algo peor", también ahora Jesús abre camino a quien lo tenía cerrado. El encuentro con Jesús crea un futuro para las personas en situaciones sin salida, imposibles. También cuando parece que no se puede ya hacer nada, como ante una condena a muerte o en el caso del buen ladrón. Jesús puede salvar a los hombres. También a un drogadicto, a un alcohólico, a una persona afectivamente destrozada. Y también a ti, que hoy has venido a la oración.

Jesús no condena a las personas, las ama con misericordia, y hace posible que puedan volver a caminar, que puedan comenzar una vida mejor. "Anda", camina, no te quedes parada, dice a la adultera. Sal de donde estás encasillada, ponte en marcha. Tienes un nuevo horizonte, yo te abro un nuevo horizonte y te ayudo a que eches a andar. Tu camino te ha conducido hasta la condenación, hasta la muerte y la infamia. Es el camino del pecado que mata, y que ahora debes abandonar. Emprende ahora un nuevo camino, abandonando el pecado, el camino de la vida. Caminar a la llamada de Jesús es recibir vida nueva, como cuando, ante el sepulcro ya maloliente, llamó Jesús a su amigo: "Lázaro, sal fuera". Escucha estas palabras, que el Señor te dirige hoy, tú que te sientes encerrado y sin salida. Decídete a cambiar de vida, a tomar un nuevo camino guiado por la Palabra de Dios.

Oratio: ¿Qué le digo yo al Señor en respuesta?

Ante la presencia de Jesús, que me quiere llevar más allá del pecado y me abre de nuevo un camino de vida, puedo expresar confiadamente mi petición de ayuda, y sobre todo mi acción de gracias y mi alabanza. Me pueden ayudar hoy las palabras del profeta Isaías (38,10-14. 17-20)

Yo pensé: "En medio de mis días
tengo que marchar
hacia las puertas del abismo;
me privan del resto de mis años."

Yo pensé: "Ya no veré más al Señor
en la tierra de los vivos,
ya no miraré a los hombres
entre los habitantes del mundo.

Levantan y enrollan mi vida,
como una tienda de pastores
como un pastor devanaba yo mi vida
y me cortan la trama."

Día y noche me estas acabando,
sollozo hasta el amanecer.
Me quiebran los huesos como un león,
día y noche me estas acabando.

Estoy piando como una golondrina,
gimo como una paloma.
Mis ojos mirando al cielo se consumen:
Señor, que me oprimen, sal fiador por mí

Me has curado, me has hecho revivir,
la amargura se me volvió paz
cuando tuviste mi alma
ante la tumba vacía
y volviste la espalda a todos mis pecados.

El abismo no te da gracias,
ni la muerte te alaba,
ni esperan en tu fidelidad
los que bajan a la fosa.

Los vivos, los vivos son quienes de alaban: como yo ahora.
El Padre enseñan a sus hijos tu fidelidad.

Sálvame, Señor,
y tocaremos nuestras arpas
todos nuestros días en la casa del Señor.

Contemplatio: El Evangelio está vivo en mi interior

Y ahora, en el silencio, contemplemos a Jesús. Su presencia entre los hombres, su enseñanza. Sus gestos ante los que acusan, su paciencia, inclinado hacia el suelo, su energía al levantarse para tomar la palabra. Observa su mirada hacia los escribas y fariseos, hacia el marido y los testigos. Observa su mirada hacia la mujer sorprendida en adulterio. Observa la mirada que te dirige el Señor.

Repasa el texto, reviviéndolo interiormente. Escucha las palabras de Jesús y percibe su tono. Repara en su silencio. Luego, en la intención con la que invita a que comiencen la ejecución los que sean inocentes. Su ironía cuando pregunta si nadie la ha condenado. La hondura con que le dice: "Yo no te condeno". La esperanza con que le dice:"Anda y no peques más". Cada una de esas palabras van dirigidas precisamente a ti, escúchalas en primera persona. Y hazlas resonar en tu corazón.

Mírate a ti mismo entre los que escuchan al maestro. Descúbrete entre los que acusan a aquella mujer. Avergüénzate al descubrir que eres tú mismo aquella pecadora. Y mira como te trata Jesús. Como te enseña, como te pone ante la verdad. Como en vez de condenarte, te da la posibilidad de comenzar un nuevo camino en su gracia.

Mira contemplativamente a Jesús e identifícate con él. Él vive en tu interior por medio de su Espíritu. Te ha admitido como miembro de su Cuerpo y sarmiento de su vid. Como hijo de su Iglesia. Aprende de él a ser agente de la misericordia.

Para compartir. *Collatio:* ¿Qué digo a mis hermanos?

Cuando, como es deseable, la Lectio Divina *se practica en grupo, el que guía la oración común puede, en este momento, invitar a los participantes a compartir alguna de sus reflexiones, de las sugerencias que el Señor les ha suscitado en este encuentro, o de las oraciones que ellos le han presentado. De este modo la oración de los unos enriquece a los otros y muestra más claramente su carácter siempre eclesial.*

Para cambiar de vida. *Actio:* ¿Y a partir de ahora qué voy a hacer?

Quizá descubro en mi mismo algo de aquellos escribas y fariseos. ¿Voy a cambiar por fin esa actitud mía, intransigente con los que me rodean? ¿Será hoy el día en que deje de señalarles con el dedo?

Quizá hoy he caído en la cuenta de que también yo estoy en pecado. ¿Me alejaré sin más de Jesús, para vivir con mi mala conciencia? ¿O será hoy el día de gracia en que, acercándome a confesar mis culpas, pueda recibir su perdón, el abrazo de su misericordia, que me pone de nuevo en camino?

Quizá sea hoy el día, en que el Señor me hace sentir su llamada. Para anunciar a los hombres que en Jesús hay vida. Para llamar a los pecadores a acercarse al trono de la misericordia. Para hacer llegar a todos el amor del Señor, que libera al hombre del pecado que nos mata; el amor que abre, para todos, un nuevo camino, el de su gracia. ¿Querrá el Señor contar conmigo para ser su sacerdote, ministro de la misericordia del Señor?

La Palabra de Dios en el seno de su Iglesia

Únicamente quedaron dos, la miseria y la misericordia, pues dice:
"Y quedó solo Jesús, y la mujer". Yo creo que aquella mujer se quedó aterrada,
porque esperaba ser castigada por Aquél en quien no se podía encontrar culpa alguna.
Mas Aquél que había rechazado a sus adversarios con la lengua de la justicia,
levantando hacia ella sus ojos de mansedumbre, le preguntó: "¿ninguno te ha condenado?"
Dijo ella: "ninguno, Señor". Hemos oído antes la voz de la justicia;
oigamos ahora la voz de la mansedumbre: "Yo tampoco te condenaré".
¿Qué es esto, Señor? ¿Fomentas los pecados? No, en verdad. Véase lo que sigue:
"Vete, y no peques ya más". Luego el Señor condenó, pero el pecado, no al hombre.
Porque si hubiese sido fomentador del pecado, hubiese dicho: "vete, y vive como quieras;
tranquila que yo te libraré del castigo y aún del infierno, aun cuando peques mucho".
Pero no dijo esto. Fíjense los que desean la mansedumbre en el Señor,
y teman la fuerza de la verdad, porque el Señor es a la vez dulce y recto. (San Agustín)

ORACIÓN

Señor Jesucristo,
Hijo de Dios vivo y Hermano de los hombres,
te alabamos y te bendecimos.
Tú eres el Principio y la Plenitud de nuestra fe.
El Padre te ha enviado para que creamos en ti
y, creyendo, tengamos Vida eterna.

Te suplicamos, Señor, que aumentes nuestra fe:
conviértenos a Ti,
que eres la Verdad eterna e inmutable,
el Amor infinito e inagotable.
Danos gracia, fuerza y sabiduría
para confesar con los labios
y creer en el corazón que tú eres
el Señor Resucitado de entre los muertos.
Que tu Caridad nos urja
para encender en los hombres el fuego de la fe
y servir a los más necesitados
en esta MISIÓN-MADRID que realizamos en tu nombre
a impulsos del Espíritu.

Te pedimos con sencillez y humildad de corazón:
haznos tus *servidores y testigos de la Verdad*:
que nuestras palabras y obras
anuncien tu salvación y den testimonio de ti
para que el mundo crea.

Te lo pedimos por medio de Santa María de la Almudena,
a quien nos diste por Madre al pie de la cruz
y nos guía como Estrella de la Evangelización
para sembrar en nuestros hermanos la obediencia de la fe

Amén.

MISIÓNMADRID